

Acta Médica Colombiana • Vol. 51 N°3 • Julio - Septiembre | 2026

Sobre los atributos hepáticos relacionados con el pensamiento

Regarding the hepatic attributes related to thought

Jorge Eduardo Duque-Parra, Jhony Alejandro Díaz-Vallejo • **Manizales (Colombia)**
Jhonatan Duque-Colorado • **Temuco (Chile)**

Dr. Jorge Eduardo Duque-Parra, Dr. Jhony Alejandro Díaz-Vallejo: Departamento de Ciencias Básicas para la Salud, Grupo de Investigación en Nutrición, Metabolismo y Seguridad Alimentaria, Universidad de Caldas. Manizales (Colombia); **Dr. Jhonatan Duque-Colorado:** Universidad de La Frontera, Facultad de Medicina. Programa de Doctorado en Ciencias Morfológicas. Centro de Excelencia en Estudios Morfológicos y Quirúrgicos (CEMyQ). Temuco (Chile).

Correspondencia:
Dr. Jhony Alejandro Díaz-Vallejo. Manizales (Colombia)

E-Mail:
alejandrodiazval@gmail.com

Recibido: 2/XI/2025
Aceptado: 23/II/2026

Resumen

En la Antigüedad, el hígado fue considerado sede del alma, las pasiones y la vida espiritual, con un fuerte simbolismo en culturas como la mesopotámica, egipcia, hebrea y griega, donde incluso se usaba para prácticas divinatorias. Estas creencias se vinculaban a la teoría de los humores y a concepciones espirituales que asociaban el hígado con las emociones y la vitalidad. Aunque la neurociencia moderna demostró que el pensamiento reside en el cerebro, la medicina actual confirma que la disfunción hepática puede alterar de manera indirecta la función cerebral, como ocurre en la encefalopatía hepática. De este modo, la visión contemporánea integra el papel fisiológico y metabólico del hígado con la comprensión de sus antiguas dimensiones simbólicas y culturales.

Palabras clave: *hígado, historia de la medicina, pensamiento, encefalopatía hepática, simbolismo cultural.*

Abstract

In ancient times, the liver was believed to be the seat of the soul, passions, and spiritual life, with strong symbolism in cultures like the Mesopotamian, Egyptian, Hebrew, and Greek, where it was even used for divination. These beliefs were linked to the theory of humors and to spiritual ideas that associated the liver with emotions and vitality. Although modern neuroscience has proven that thought resides in the brain, current medical science confirms that hepatic dysfunction can indirectly affect brain function, as occurs with hepatic encephalopathy. Thus, the modern perspective integrates the liver's physiological and metabolic role with an understanding of its ancient symbolic and cultural dimensions.

Keywords: *liver, history of medicine, thought, hepatic encephalopathy, cultural symbolism.*



I Introducción

El hígado es una víscera abdominal de gran tamaño a la que hoy en día se le reconocen múltiples funciones, siendo considerado un centro crítico para diversos procesos fisiológicos esenciales (1). Entre sus principales roles destacan el metabolismo de los macronutrientes, la regulación del volumen sanguíneo, el apoyo al sistema inmunológico, el control endocrino de vías de señalización del crecimiento, la homeostasis de los lípidos y el colesterol, así como la degradación de compuestos xenobióticos, incluidos numerosos fármacos de uso actual (2).

Adicionalmente, el hígado desempeña una función clave en el metabolismo energético: durante la ingesta alimentaria almacena glucosa en forma de glucógeno y, en condiciones de ayuno, es capaz de sintetizar glucosa mediante la gluconeogénesis. También interviene en la oxidación de lípidos y en el empaquetamiento de su exceso para su secreción y almacenamiento en tejidos como el adiposo. Asimismo, constituye un centro fundamental en el metabolismo de múltiples proteínas y en la eliminación de residuos nitrogenados a través del ciclo de la urea. Estos procesos, que se desarrollan plenamente en el hígado maduro, resultan imprescindibles para la vida (3).

De igual modo, el hígado cumple un papel endocrino destacado mediante la producción y secreción de factores como la angiotensina, el factor de crecimiento similar a la insulina tipo 1 (IGF-1) y diversas proteínas plasmáticas que regulan el crecimiento y la homeostasis metabólica (4). También participa en la síntesis de bilis, esencial para la emulsificación y absorción de grasas y vitaminas liposolubles (5). En el ámbito inmunológico, el hígado constituye una verdadera barrera frente a patógenos, al albergar células especializadas como los macrófagos de Kupffer, que depuran bacterias, virus y restos celulares procedentes de la sangre portal. A nivel de detoxificación, su red enzimática de citocromo P450 permite transformar y eliminar toxinas, metabolitos endógenos y gran parte de los fármacos, asegurando la neutralización de compuestos potencialmente dañinos antes de que alcancen la circulación sistémica (6).

I Metodología

Para el desarrollo de esta revisión sobre el papel histórico y simbólico del hígado, se siguió una metodología de revisión integrativa inspirada en la propuesta por Gómez Luna et al. (7). Este proceso se estructuró en cuatro fases: primero, la delimitación del problema de investigación y de las preguntas orien-

tadoras; en segundo lugar, la búsqueda sistemática de información en bases de datos científicas como PubMed, Scopus y Web of Science, empleando palabras clave definidas a partir de los Descriptores en Ciencias de la Salud (DeCS-MeSH), además de libros relacionados; en la tercera fase, la organización de la información mediante una matriz documental en Excel, que permitió clasificar los textos y extraer las ideas más representativas; y, finalmente, la cuarta etapa consistió en el análisis y síntesis crítica de los hallazgos, a fin de integrar los aportes más relevantes en torno a la concepción del hígado en la medicina, la filosofía y la cultura a lo largo del tiempo.

De esta manera, la revisión no solo permitió recuperar la perspectiva biomédica actual sobre las funciones hepáticas, sino también contrastarla con los imaginarios históricos y culturales que vincularon al hígado con el pensamiento.

I El hígado como centro de la vida y las pasiones en la Antigüedad

A lo largo de la historia, el hígado no solo fue concebido como una víscera de relevancia biológica, sino como un órgano investido de significados simbólicos y espirituales que trascendían lo puramente fisiológico. Su presencia en los relatos médicos, religiosos y literarios de diversas civilizaciones demuestra que el ser humano, desde tiempos remotos, lo consideró un núcleo vital de la existencia, dotado de funciones que iban mucho más allá de la digestión o el metabolismo. En la cosmovisión de los antiguos egipcios, el hígado estaba estrechamente vinculado a lo que en la actualidad se reconoce como el papel del cerebro: un centro rector de la vida y de las emociones (8). De hecho, en sus prácticas funerarias, los embalsamadores trataban al hígado con el máximo cuidado, pues se consideraba que contenía la esencia vital del difunto, mientras que el cerebro era extraído y desechado por carecer de relevancia.

La cultura mesopotámica otorgó todavía un mayor protagonismo a esta víscera, considerándola el asiento del alma y el verdadero centro de la vida (8). Esta creencia no era meramente simbólica, sino que tenía un fuerte anclaje en la práctica divinatória. Los sacerdotes mesopotámicos desarrollaron el arte de la hepatoscopia, que consistía en la interpretación de los pliegues y formas del hígado de animales sacrificados como medio de comunicación con los dioses. Se pensaba que las divinidades hablaban a los hombres a través de esta víscera, y de allí que se fabricaran modelos de hígados en arcilla para enseñar a los aprendices a interpretar los mensajes divinos.

La relevancia cultural del hígado también quedó plasmada en las célebres 40 tablillas del Manual de diagnóstico y pronóstico, un compendio mesopotámico que data del siglo XII antes de nuestra era (a.n.e.). Allí se describen con detalle enfermedades como la epilepsia y los accidentes cerebrovasculares, reconociendo la importancia del hígado en los procesos vitales y diferenciándolo del cerebro, cuya función aún no era comprendida (9). Este hecho marca un punto crucial en la historia del pensamiento médico, pues mientras el cerebro era percibido como un órgano pasivo y secundario, el hígado ocupaba el lugar central en la explicación de las enfermedades y emociones humanas.

En estas concepciones antiguas, el hígado era identificado como el lugar donde residían los afectos, las emociones y la energía vital, mientras que el corazón se vinculaba a la inteligencia y a la racionalidad (10). De este modo, el pensamiento y los sentimientos se atribuían a estas vísceras, pero nunca al cerebro. La neurociencia actual reconoce precisamente lo contrario, lo que muestra un interesante contraste entre la visión científica moderna y la percepción ancestral. Sin embargo, estas creencias configuraron la manera en que se entendió la fisiología humana durante siglos, dejando huella en el lenguaje y en las metáforas culturales.

La tradición griega heredó y reformuló gran parte de estas ideas. En la literatura clásica, el hígado se consolidó como la sede de las pasiones y de la irracionalidad. Eurípides (484/480–406 a.n.e.), uno de los grandes poetas trágicos, plasmó en sus obras cómo el temor y la angustia podían «trastornar el hígado», utilizando esta víscera como metáfora de la emoción desbordada (11). Esta asociación del hígado con las emociones intensas refleja la concepción del órgano como epicentro de lo incontrolable, en oposición al corazón, que se vinculaba con el intelecto.

En el marco de la religiosidad griega, el hígado también era considerado el órgano preferido por los dioses para comunicarse con los humanos. Se pensaba que, a través de él, podían transmitir mensajes, inspiraciones o incluso castigos. En las maldiciones eróticas, un género de inscripciones mágicas, el hígado aparecía con frecuencia como un órgano instrumental en el control del deseo y de la voluntad. Esta tradición fue posteriormente recogida por la cultura romana, donde el hígado mantuvo su carácter simbólico y pasional. Horacio (65–8 a.n.e.), en uno de sus poemas, relata la historia de la bruja Canidia, quien enterró vivo a un niño hasta la barbilla, exponiéndolo cada día a diferentes comidas sin permitirle comerlas,

para que el deseo se filtrara lentamente en su hígado. Posteriormente, la víscera sería extirpada y utilizada como ingrediente principal de un filtro amoroso, destinado a seducir al viejo Varo (11).

El hígado, los humores y su vínculo con la espiritualidad

Más allá de su papel como sede de las pasiones y de las emociones, el hígado fue concebido durante siglos como un órgano esencial en el equilibrio corporal, estrechamente relacionado con la circulación de la sangre y con la teoría humoral que dominó el pensamiento médico desde Hipócrates hasta bien entrada la Edad Media. Según estas concepciones, el organismo humano se regulaba a partir de cuatro humores fundamentales: sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema. El hígado era considerado el centro de producción y distribución de la sangre y, por ende, un órgano determinante en la armonía de los fluidos que mantenían la salud. Se creía que, cuando el hígado se «obstruía» debido a una calentura de los nervios, se impedía la correcta eliminación de los humores, lo que generaba desequilibrios fisiológicos y emocionales que desembocaban en enfermedad (12). Este vínculo entre lo hepático y lo humoral otorgaba al hígado un carácter casi rector de la vida misma, pues de su correcto funcionamiento dependía la estabilidad del cuerpo y del espíritu.

En la tradición hebrea, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se reconoce la centralidad de ciertos órganos —como el corazón, los pulmones, el hígado e incluso los intestinos— en la vida emocional y espiritual del ser humano, mientras que el cerebro no es mencionado en ningún pasaje (13). Esta omisión confirma que, para aquellas culturas, el órgano pensante no era la cabeza sino las vísceras, consideradas el verdadero centro de las emociones y de la comunicación con lo divino. El historiador Flavio Josefo, en el siglo I, describe cómo los judíos eran «aflicto y atormentados con gemidos que provenían de su corazón», situando allí el origen del dolor y del sufrimiento (14). Esta identificación del corazón y del hígado como lugares del sentir humano se extendió ampliamente en la espiritualidad hebrea. Los antiguos hebreos, además, vinculaban los intestinos con la experiencia emocional, probablemente al observar los retorcijones y dolores abdominales que acompañaban tanto al miedo como a las enfermedades digestivas, lo que los llevaba a pensar que el sentir estaba localizado en lo más profundo del abdomen (15).

Estas creencias encuentran hoy un curioso eco en los avances de la neurogastroenterología moderna. El

denominado sistema nervioso entérico, conocido popularmente como el «cerebro de la tripa», ha demostrado poseer una red de millones de neuronas y células gliales que regulan la motilidad intestinal, la secreción y las respuestas inmunitarias locales. Durante procesos inflamatorios, se producen alteraciones estructurales y funcionales en este sistema que modifican la excitabilidad neuronal y las propiedades sinápticas, afectando no solo la digestión, sino también la experiencia emocional subjetiva (16). Hoy se reconoce que existe un eje bidireccional entre el intestino y el cerebro —el eje intestino-cerebro— lo que confirma que las emociones y la fisiología visceral están profundamente entrelazadas. De este modo, la antigua creencia de que los intestinos y el hígado eran asiento de los afectos y pasiones puede reinterpretarse como una intuición temprana de procesos que la ciencia contemporánea está empezando a desentrañar.

Las culturas egipcia y griega también sostuvieron estas ideas, reforzándolas a través de sus prácticas religiosas y funerarias. Los embalsamadores egipcios trataban con esmero el hígado y el corazón de los faraones, preservándolos cuidadosamente porque se consideraban órganos imprescindibles para la vida en el más allá. En contraste, el cerebro era extraído y desechado, pues se lo consideraba inútil y sin función trascendental. Esta jerarquía entre los órganos no solo refleja la concepción anatómica de la época, sino también la importancia simbólica atribuida al hígado y al corazón como sedes de la razón, las emociones y hasta del lenguaje. Se creía, en efecto, que el corazón tenía la capacidad de hablar, aunque solo los médicos o sacerdotes podían comprender su voz (8,17).

Discusión

Aunque durante milenios el hígado fue concebido como el órgano vital por excelencia, centro de las emociones, asiento del alma y hasta responsable de la actividad mental en múltiples culturas, incluido el pensamiento mesopotámico (18), el desarrollo científico moderno ha permitido reconfigurar de manera radical esta visión. Hoy sabemos que, si bien el hígado es indispensable para la vida por su papel en el metabolismo, la homeostasis y la desintoxicación, no es el órgano generador del pensamiento ni de la conciencia.

Ya en la Grecia clásica, Hipócrates (460–371 a.n.e.) comenzó a establecer un vínculo entre los aspectos neuropsicológicos y los trastornos fisiológicos asociados a la enfermedad hepática. Describió, por ejemplo, que los pacientes con ictericia avanzada desarrollaban estados de delirio y desenlaces clínicos graves, sugi-

riendo así una relación entre la disfunción hepática y el estado mental (19). Esta observación temprana fue precursora de lo que hoy se conoce como encefalopatía hepática.

En la medicina tradicional china, el hígado era concebido dentro de un marco energético y holístico. Las enfermedades hepáticas no se interpretaban únicamente como procesos orgánicos, sino como manifestaciones de un desequilibrio en los meridianos corporales, lo cual producía alteraciones mentales, cambios en la piel y desórdenes hemorrágicos (20). Para esta tradición, el hígado se vinculaba estrechamente a la regulación emocional, particularmente con la ira y la capacidad de tomar decisiones, de modo que los trastornos hepáticos repercutían directamente en la mente y en la vida social de los individuos.

En el continente americano, los pueblos mesoamericanos también dotaron al hígado de un simbolismo espiritual. Entre los aztecas, hacia el año 700, se concebía la enfermedad como un desequilibrio entre las distintas almas que habitaban el cuerpo: el tonalli, la teyolia y el ihiyotl. Esta última se localizaba en el hígado y se asociaba con la vitalidad, el vigor y la fuerza emocional. Se creía que podía salir del cuerpo si era convocada espiritualmente a través del viento o el aliento, lo cual vinculaba directamente al hígado con la vida espiritual y la vulnerabilidad del ser humano ante fuerzas externas (21).

Hoy, desde la perspectiva biomédica, se reconoce que existe una relación estrecha entre el hígado y el cerebro, aunque distinta de la imaginada en la Antigüedad. En condiciones de insuficiencia hepática grave, como ocurre en la cirrosis, la incapacidad del hígado para metabolizar y eliminar adecuadamente los desechos nitrogenados conduce a la acumulación de sustancias neurotóxicas en la sangre. Estas alcanzan el encéfalo, donde alteran la función de los astrocitos y activan la microglía, desencadenando procesos neuroinflamatorios y pérdida focal de neuronas en estructuras profundas como los núcleos basales (22). Este proceso clínico, conocido como encefalopatía hepática, explica los síntomas de confusión, alteración cognitiva e incluso coma en los pacientes con enfermedad hepática avanzada. No obstante, este fenómeno no implica que el hígado sea el órgano productor del pensamiento o el raciocinio, sino que su disfunción repercute indirectamente en la actividad cerebral.

En suma, la relación histórica entre hígado y mente ha transitado de una atribución simbólica y espiritual a una comprensión científica de sus vínculos metabólicos y neuropsicológicos. La medicina moderna desmitifica la noción de un «hígado pensante», pero

al mismo tiempo confirma que este órgano ejerce una influencia real y profunda sobre la actividad cerebral, no desde la producción del pensamiento, sino desde el equilibrio bioquímico indispensable para que este pueda tener lugar.

Consideraciones finales

El recorrido histórico y cultural sobre el papel del hígado permite comprender cómo, a lo largo de las civilizaciones, este órgano fue concebido como el núcleo de la vida, la sede del alma y el motor de las pasiones humanas. Desde los mesopotámicos y egipcios que lo consideraban el asiento de la existencia y la comunicación con lo divino, pasando por los griegos y romanos que lo identificaban como la sede de las emociones y los deseos, hasta las tradiciones hebreas y mesoamericanas que lo vinculaban con la espiritualidad y el equilibrio vital, el hígado fue mucho más que un órgano fisiológico: representó la materialización del sentir humano.

El desarrollo científico, sin embargo, introdujo una visión distinta. Hipócrates abrió la puerta al reconocimiento de una relación entre hígado y mente a través de la enfermedad, mientras que las teorías humorales reforzaron durante siglos la idea de que esta víscera era el centro de la vida corporal. La medicina contemporánea, con el estudio de la encefalopatía hepática, confirmó que la alteración metabólica del hígado afecta directamente al cerebro y al comportamiento, pero también estableció con claridad que el órgano generador del pensamiento, la memoria y la conciencia es el cerebro, y no el hígado.

No obstante, la historia cultural del hígado revela una intuición profunda: el ser humano siempre ha percibido que sus emociones, pasiones y vivencias se experimentan en el cuerpo, especialmente en las vísceras. El hecho de que hoy se reconozca el papel del sistema nervioso entérico como un «cerebro de la tripa» y la influencia del eje intestino-hígado-cerebro en la salud mental demuestra que las interpretaciones antiguas, aunque cargadas de simbolismo, no estaban del todo alejadas de la realidad.

Así, el análisis del «hígado pensante» no solo ilumina la historia de la medicina y la cultura, sino que también invita a reflexionar sobre cómo las antiguas concepciones del cuerpo humano, aunque superadas, continúan dialogando con los descubrimientos científicos actuales. El hígado fue considerado por mucho tiempo en la Antigüedad como el elemento orgánico relacionado con la mente y, aunque su afección puede alterar la función mental, es el cerebro el órgano rector de lo mental.

Referencias

1. **Watt M, Miotto P, De Nardo W, Montgomery M.** The liver as an endocrine organ — linking NAFLD and insulin resistance. *Endocr Rev.* 2019;40(5):1367–93. doi: 10.1210/ER.2019-00034.
2. **Alamri Z.** The role of liver in metabolism: an updated review with physiological emphasis. *Int J Basic Clin Pharmacol.* 2018;7(11):2197–203. doi: 10.18203/2319-2003.ijbcp20184211.
3. **Trefts E, Gannon M, Wasserman DH.** The liver. *Curr Biol.* 2017;27(21):R1147–51. doi: 10.1016/j.cub.2017.09.019.
4. **Itoh N, Nakayama Y, Konishi M.** Roles of FGFs as paracrine or endocrine signals in liver development, health, and disease. *Front Cell Dev Biol.* 2016;4:30. doi: 10.3389/fcell.2016.00030.
5. **Zhu C, Fuchs C, Halilbasic E, Trauner M.** Bile acids in regulation of inflammation and immunity: friend or foe? *Clin Exp Rheumatol.* 2016;34(4 Suppl 98):25–31.
6. **Jia W, Li Y, Cheung K, Zheng X.** Bile acid signaling in the regulation of whole-body metabolic and immunological homeostasis. *Sci China Life Sci.* 2024;67(3):423–56. doi: 10.1007/s11427-023-2353-0.
7. **Gómez-Luna E, Fernando-Navajas D, Aponte-Mayor G, Betancourt-Buitrago LA.** Metodología para la revisión bibliográfica y la gestión de información de temas científicos, a través de su estructuración y sistematización. *Dyna.* 2014;81(184):158–63. doi: 10.15446/dyna.v81n184.37066.
8. **Gargantilla Madera P.** *Manual de historia de la medicina.* Madrid: Grupo Editorial 33; 2009.
9. **Martins e Silva J.** A medicina na Mesopotâmia Antiga. *Acta Med Port.* 2009;22(6):841–54.
10. **Buzzi AE.** Hígado: alma, cultura y medicina. *Alma Cultura Med.* 2015;1(3):31–47.
11. **Lanza González H.** El hígado y el alma apetitiva en el Timeo de Platón y su relación con la tiranía. *Daimon Rev Int Filos.* 2019;76:171–88.
12. **Mourad K.** *De parte de la princesa muerta.* Madrid: El País; 2005.
13. **Mora F.** *Cómo funciona el cerebro.* Madrid: Alianza Editorial; 2005.
14. **Josefo F.** *Guerra de los judíos y destrucción del templo y ciudad de Jerusalén.* Barcelona: Ediciones Orbis; 1985.
15. **Rose S.** *Tu cerebro mañana: cómo será la mente del futuro.* Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica; 2008.
16. **Lomax AE, Fernández E, Sharkey KA.** Plasticity of the enteric nervous system during intestinal inflammation. *Neurogastroenterol Motil.* 2005;17(1):4–15. doi: 10.1111/j.1365-2982.2004.00565.x.

17. **Illing R-B.** De la trepanación a la teoría de la neurona. *Mente Cereb.* 2002;1:82–9.
18. **Cavalcanti de A, Martins C.** History of liver anatomy: Mesopotamian liver clay models. *HPB (Oxford)*. 2013;15(3):322–3. doi: 10.1111/j.1477-2574.2012.00596.x.
19. **Rustgi VK.** History of hepatic encephalopathy. *Clin Liver Dis.* 2020;24(1):xiii–xvii. doi: 10.1016/j.cld.2019.09.001.
20. **Jia W, Gao WY, Yan YQ, Wang J, Xu ZH, Zheng WJ, et al.** The rediscovery of ancient Chinese herbal formulas. *Phytother Res.* 2004;18(9):681–6. doi: 10.1002/ptr.1480.
21. **Torres E.** *Green medicine: traditional Mexican-American herbal remedies.* Kingsville (TX): Nieves Press; 1983.
22. **Butterworth RF.** Hepatic encephalopathy in cirrhosis: pathology and pathophysiology. *Drugs.* 2019;79(Suppl 1):17–21. doi: 10.1007/s40265-019-01127-3.